

Oscar Barreno
Peñíscola (Castellón)

El Viejo Profesor

Era un invierno tan frío que el propio don Pedro iba embutido en camisas, bufanda y gabardina que en años pasados apenas uno o dos días habían abandonado el fondo de armario de ninguno. Salió de casa repitiendo mentalmente la lista de la compra que llevaba en el bolsillo. Pepinos, fruta fresca, sal, por más que el médico se la retire. ¿Qué, don Pedro, un paseo? Eso quisiera, pero a mi edad uno no está para paseos, ¡Si está usted hecho un chaval don Pedro! Y cada uno sigue camino de sus cosas.

Don Pedro no es del pueblo, aunque vino cuando joven, de maestro, y aquí pasó toda su vida. Era del norte, de algún lugar del prepirineo, donde el frío es frío y el calor tibio tan sólo en los veranos, que allí veloces duran a lo sumo tres semanas. Pero este invierno era distinto, los termómetros caían en picado, no había niños jugando en las plazas, y don Pedro buscaba como el resto protección en los abrigos. Un poco de sal no va a matarme, repetía. Leche, un litro. Y pan.

En la lista había más notas que en la memoria cansada del viejo profesor, y él como nosotros y nosotras sabe que al final tendrá que usar de ella para ser eficiente en el recado. Sin embargo avanza hacia el mercado uniendo lenguados y tomates como en un ocioso crucigrama. ¿Se ha enterado, don Pedro? Dice una mujer sin tiempo de un buenos días. ¿De qué? ¿De qué? Repitió llevado por la preocupación. Paco, el de la Encarna, ¿Paquito? Ese mismo, ¿Qué? Qué está preso, ¿Qué quieres decir con, preso? Ay don Pedro, ¿qué voy a querer decir? Pues que hoy mismo lo han metido en la cárcel.

En realidad ayer lo encerraron, verdugo de una pelea. Pero Marisa, la buena correveidile que cuenta lo que ha pasado, no lo supo tan temprano como para comentarlo al día. Le habó, en cambio, de lo que ya Pedro había escuchado, coqueteos con las drogas, compañías de mal vivir, y de la misma mala vida de Francisco, el de encarnita, Pobre Encarna, con lo buena que ella es, lo mismo que su difunta madre, que esté en la gloria. Y no sé qué retahíla que siguió, palabra por palabra, sin escuchar don Pedro. A él le parecía estar en clase, treinta años atrás, atendiendo al balbuceo de paquito ante sus primeras lecturas. Viéndole correr en el patio, tramando picarescas con las que adueñarse del columpio. O en las calles de aquel pueblo de Granada adonde había ido a parar, jugando a la pelota. Ya no importaba si era carne o pescado que faltase en la nevera, ni se alegraba de engañarse lúcido siendo tan desmemoriado. Pero a lo peor le entretengo, ¿va usted al mercado? Le acompaño, Déjelo Marisa, en realidad ya iba de vuelta a casa.

Y regresó, conteniendo el llanto como por un hijo propio. Se olvidó de sacar la llave de la cerradura y empujó tras de sí la puerta. Paquito, el pobre paquito, entre rejas. No es que le tuviera un aprecio especial por encima de sus otros cientos, pero la casualidad tal vez quiso que la imagen de aquella única foto conservada fuera la de Luis, el hijo de Manuel y Rosa, abrazado a su inseparable Paco, con quien compartía pupitre, juegos y destino. Fue directo al salón, abrió la puerta del mueble bar y de entre las botellas tomó la fotografía de Luis y Paco sonrientes, al pie de un tobogán, tan luminosos sus rostros como oscuro era el futuro.

Claro que el porvenir es fácil cuando se nada en la abundancia, pensaba el profesor, maldiciendo a un tiempo el día que la necesidad se llevó a los dos infantes del colegio. En casa de Encarna faltaba de todo, hasta el marido por culpa de un fatal accidente. Y los pobres Manuel y Rosa qué podían hacer para mantener sus ocho bocas. Luis era el mayor y así cumpliera doce empezaría a trabajar junto a su padre, que también llevó a paquito, de buena gana y por favor a Encarna, esposa de su difunto amigo. Pronto eran más hombres que niños, sin ser uno ni lo otro. Atrás quedaron, en dos meses, ocho años en la vida de cualquiera. Juegos, bromas, el colegio, propios de su edad, nada eran para ellos. Sus antiguos amigos, compañeros e iguales en la escuela, les miraban ahora con cierta distancia. La misma que a ellos les otorgaba sentirse en cierto modo superiores, más fuertes, más independientes, menos niño y más un hombre.

Aunque todo fuera engaño. No era hombría, ni por supuesto tampoco humanidad lo que les había nacido, sino trabajo. No el conocimiento y la libertad como frutos de una intensa educación, sino el salario. La producción y su mediocre recompensa como objetivo moral, vital. Y acaso en ese mismo instante la violenta y dolorosa falta de sentido que acosa al hombre y la mujer, en sus corazones infinitos, encorvados y rotos para simple mano de obra. Los días eran largos, las semanas cortas. Entre el humo del tabaco y olor a carajillo parte su niñez ya sin retorno. El placer por el placer se olvida. Jugar, amar, vivir vestidos, disfrazados de un goce honesto, comienza a ser tan sólo vil venganza. Sexo, muerte, azar, hábitos viejos que en ellos fulgen como recientes conquistas, alumbró su camino cual si nunca hubieran enseñado un verdadero erotismo, de una voluntad segura, vida intensa y muerte apenas un instante.

Pero Paco no es Luis, ni Luis el paquito que viaja en la satisfacción de estos centrípetos placeres. Al mayor de Rosa le duele no haber estudiado, saber que pudo ser poeta, ingeniero, físico, matemático, como aquellos antiguos de los que en alguna ocasión habló don Pedro. Quiere terminar la básica, En horas nocturnas, padre, que no he de faltar al trabajo. Manuel intenta borrarle de la mente esas quimeras y carga de trabajo al joven Luis, no comprende que su hijo es de recio corazón y el esfuerzo no le pesa, sí la ocasión perdida. Con el cabello enyesado y las manos curtidas, sin tiempo de aclararse el rostro acude cada noche al que fuera su colegio, para recibir enseñanza. Paco le acompaña entre desprecios y bromas hacia esa nueva estúpida pasión, y en la misma puerta Mira que eres raro Luis, ¿para qué demonios querrás estudiar a estas alturas? Pero Luis cumple en su empeño y no acepta cambiar la clase de hoy por dos cervezas en la tasca del pueblo. Los días se suceden con la misma liturgia, y sin otro motivo su amistad se enfría. Fue por eso quizá que a Paco no le costó aceptar empleo nuevo en la ciudad, Para una constructora como Dios manda Luis, le dijo. ¿Y qué harás allí? ¡Solo! La ciudad está llena de mujeres bonitas amigo, y los dos ríen. ¡Me sobrará compañía!

En efecto le sobraban muchas cosas a paquito en la ciudad. Joven, inmaduro, soltero, con un sueldo que malgastar en compañía de quién sabe qué otros incautos, frecuentaba burdeles y trabajo en una misma proporción. No puedo enviar dinero, madre, que no, que ya le dije, el trabajo que falta y mal se paga. Nunca se sintió tan mal como aquella primera vez que mintió a quien le había dado vida. Pero la inercia supera todo, y al poco ni su voz temblaba, ni el corazón latía suspendido en un infierno. Que está todo muy mal, decía Encarna a la rosita, Y vuelve al pueblo, hijo, que Manuel te da faena. Nada, paquito ya era un círculo de riesgo sin futuro. Una vez Luis le fue a buscar a la pensión, irían juntos al fútbol y hablarían de sus cosas cuando niños, y las de ahora. Pero Luis encontró a Francisco amarrado a una botella de brandy. No dijo nada en su regreso a casa, pero su preocupación saltó de sus ojos a los ojos de Rosa, de ésta a los de Encarna, y en ella hasta perderse en el vacío que le había nacido dentro.

Por entonces Luis hacía bachiller, también nocturno, y preparaba su acceso a la universidad, ¿Cómo está, don Pedro? Bien, ¿y tú? Estudiando, y trabajando, ya sabe, pienso en una carrera pero no quiero faltar a mis padres, Cuánto me alegro, hijo, cuánto me alegro, ¿Y usted qué, a dar un paseo? Eso quisiera, pero a mi edad uno no está para paseos. Don Pedro en realidad se dirige al mercado, y charla con Luis, luisito, el joven de quien conserva una foto en casa, en la que aparece con su inseparable amigo de la infancia, ¡Si está usted hecho un chaval! Dijo su antiguo alumno antes de alejarse. Y el viejo profesor sonrío y piensa que hoy será un día hermoso como pocos.